

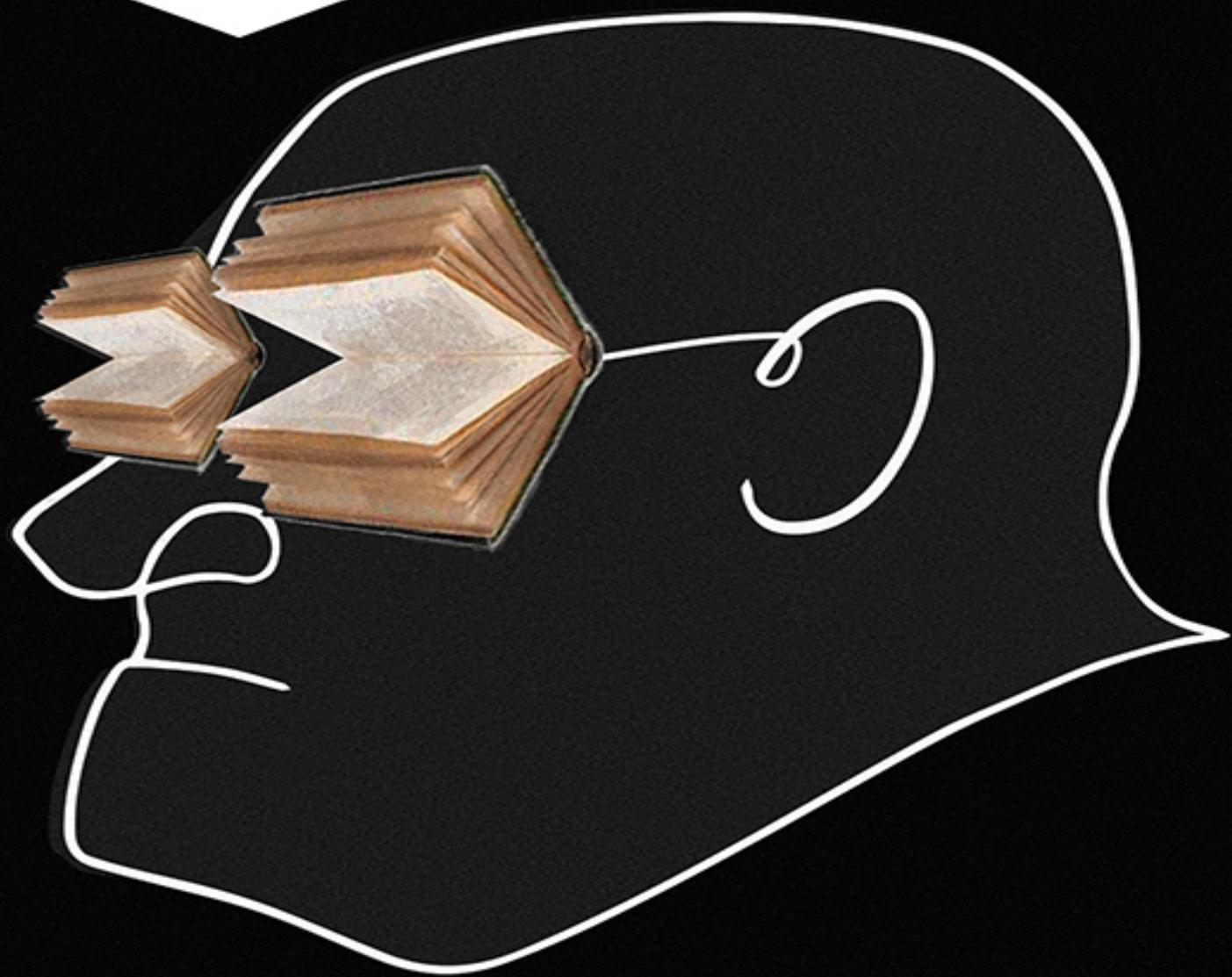


ARLEQUÍN

# ¿Qué hace usted en un libro como este?

Crónicas ultrajantes

Rogelio Villarreal



Rogelio Villarreal

¿Qué hace usted en un libro como  
este?

Crónicas ultrajantes



  
ARLEQUÍN



Dirección editorial:  
Felipe Ponce • Elizabeth Alvarado

Ilustración de portada: Gabo Cárabes

© Rogelio Villarreal

D.R. © 2021 Arlequín Editorial y Servicios, S.A. de C.V.  
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,  
45050, Zapopan, Jalisco.  
Tels. 33 3657 3786 y 33 3657 5045  
arlequin@arlequin.mx

[www.arlequin.mx](http://www.arlequin.mx)

ISBN 978-607-8627-21-9

Se editó para publicación digital en junio de 2022.

Hecho en México

# Índice

[Epígrafe](#)

[Autorretrato con intrusos \(Eduardo Huchín Sosa\)](#)

[Entre Kapuściński y la verdad desnuda](#)

[El viaje por la patria](#)

[Espacio escultórico](#)

[Últimas noticias de mi padre](#)

[El odio de mi vida](#)

[Crónica de la reconquista de la capital de Aztlán](#)

[El otro lado \(notas sobre el nuevo Los Ángeles, la Ciudad de México y más allá\)](#)

[La guerra y la paz en el norte de Irlanda \(breve historia de una colonia británica en Europa\)](#)

[Monterrey, I](#)

[Buenos Aires en dos tiempos](#)

[Tres historias de la vida real](#)

[Paisaje mexicano](#)

[Memoria de Torreón](#)

[Algo sobre mi madre](#)

[Monterrey, II \(crónica —inevitablemente parcial— de un encuentro de escritores\)](#)

[Guadalajara, una muchacha ultrajada](#)

[Los días y los años tapatíos](#)

[La sonrisa del perdonavidas](#)

Yo no he leído un periódico en toda mi vida. En un diario, por lo general, se escriben noticias, desde luego tontas. ¿Qué importa que un ministro viaje o no? De las cosas realmente importantes uno se entera de igual modo. Yo creo que los periódicos se hacen para el olvido, mientras que los libros son para la memoria.

JORGE LUIS BORGES

La diferencia entre ficción y no ficción no es tan grande. Lo que las distingue y separa es que una tiene que decir la verdad y la otra puede imaginarla. Pero a veces, cuando imaginas la verdad, parece más cierta que cuando informas sobre algo tratando de mantenerte lo más próximo posible a la verdad. Por eso he intentado probar si puedo escribir historias que son verificables en términos de veracidad, pero que parezcan que han sido inventadas, imaginadas, fabricadas.

GAY TALESE

# Autorretrato con intrusos

Eduardo Huchín Sosa

Es extraño presentar un libro de Rogelio Villarreal, cuando el orden natural de las cosas dicta que sea él quien accediera a prologar un libro mío y no al revés. Una larga carrera en la edición de revistas, la docencia, la crítica cultural, la crónica y, de modo particular, la polémica en cuanto lugar le sea posible, ha hecho de Villarreal un personaje indispensable al momento de entender cierto periodo de las empresas culturales en México. No escasean los libros en su currículo y decenas de artículos dan cuenta de su vitalidad, de su presencia en la conversación pública. Ha acumulado ex amigos con el mismo talento que otros escritores han tenido para tejer redes de contactos. Con esas credenciales sería un tanto estúpido que alguien como yo apareciera para decirles: miren, aquí tienen a un hombre al que valdría la pena prestar atención.

Hay que echar mano de todas estas facetas para tomarle el pulso a este libro. Villarreal entendió la labor del editor no solo como la de aquel que organiza un conjunto de textos, corrige estilo o apuesta por un catálogo de autores sino como la de aquel que está obligado a animar una discusión. Como es del conocimiento público, provocar a lectores y autores por igual obedece a un instinto del que no siempre es bueno fiarse, pero hay que agradecer que en el medio literario mexicano alguien se lo tome en serio. Por

ese motivo, las revistas que Villarreal ha editado han sido también —al lado de sus columnas de opinión o su intensa actividad en redes sociales— estimulantes instrumentos de controversia. No falta quien vea en su estilo un truco de agitación más que una herramienta crítica. A mí me parece un reflejo de su temperamento. El autor de *El tamaño del ridículo* (2009) es capaz de aprovechar cualquier espacio, digamos la sección de agradecimientos de sus libros, para pelearse con alguien.

En una entrevista explicó ese espíritu a contracorriente como el producto de un «acendrado sentido de la justicia y de la honestidad», de «rebeldía ante mentiras, abusos y traiciones». Con cierta insistencia, esa indisciplina tomó la forma de una ácida iconoclasia contra santones de la izquierda intelectual (como Carlos Monsiváis), contra las revistas culturales canónicas, contra el antisemitismo disfrazado de análisis político internacional, contra el ciego respaldo a regímenes populistas y especialmente contra la devoción que, en ciertos círculos pensantes, había suscitado y todavía suscita Andrés Manuel López Obrador. Opinó de esto y aquello y no todos los tiros fueron acertados, pero al menos confrontaron las ideas fijas, y dentro de una sociedad que rehúye a los debates, esa labor resulta ya valiosa. Por supuesto que en su momento las críticas que hizo fueron necesarias —como lo han sido sus agudos análisis de la fotografía de las movilizaciones sociales o sus apuntes acerca del periodismo cultural— y sin embargo, la terquedad con que Villarreal volvió una y otra vez a «sus» temas dejó la sensación de que había encontrado un nicho bastante cómodo para azuzar a quien se dejara.

¿Cómo serían —se preguntó más de uno— su agudo olfato para la controversia, su ánimo combativo, esa «rebeldía ante las mentiras» cuando los blancos no fueran Monsi, la

izquierda antisemita o AMLO? ¿Podrían sus escritos, que a menudo respondían a circunstancias muy concretas, permanecer con vida fuera del ámbito natural de las publicaciones periódicas? Si usted no podía dormir tranquilo, atormentado por ese tipo de dudas, este libro llega en el momento más oportuno. Lo mismo si usted se ha peleado con Rogelio Villarreal en algún post de Facebook. Más todavía si usted no tiene idea alguna de quién es Rogelio Villarreal y llegó a este prólogo por motivos que son difíciles de explicar.

Aun cuando se trata de uno de sus libros más decididamente personales —y con eso quiero decir: más arriesgados con respecto a qué contar— es evidente que esta no quiso ser nunca una celebración ególatra. Tampoco es ese tipo de ejercicio autoexploratorio tan común en los ensayistas que buscan sombra bajo el árbol de Montaigne. No hay aquí una tierna rememoración de cómo alguien ya pintaba desde niño para ser una gloria de las letras, ni tampoco encontramos una puesta en escena para que celebridades cercanas al autor entren y salgan a decir un parlamento sin importancia. En este libro la primera persona cumple otras funciones. Villarreal ha sabido combinar la narración personal con los recursos propios del periodismo, y ha sabido aprovechar los alcances y los límites de ambos: está convencido de que la memoria no es suficiente y que la simple relatoría de hechos tampoco lo es. Conoce de sobra el poder y las insuficiencias de la prosa periodística. Cree en la anécdota, la coyuntura, la polémica. Desconfía del incienso que rodea a ciertas figuras intelectuales, del reporte «alternativo», de la superioridad moral como argumento. A ese periodismo activista, demasiado esperanzado en estar del lado correcto de la historia, Villarreal ha opuesto otro que busca antes que nada la congruencia con el oficio.

Entre las muchas cosas que celebrar de este libro está que su autor no haya abandonado por completo el arte de la queja. Que aquellas apasionadas diatribas contra la charlatanería cultural hayan tenido también lugar en estas páginas. Que sus observaciones nunca complacientes acerca del ejercicio periodístico puedan asomarse en numerosos párrafos. Que haya podido reunir la rabia y la serenidad necesarias para hablar de un padre, al que Villarreal debe bellas herencias como Groucho Marx o el Piporro y con el que debe ser difícil ajustar cuentas. Y que también haya podido realizar un autorretrato donde lo que importan son los intrusos. Dentro de un gremio obsesionado con el reconocimiento, ha de ser de los pocos escritores que para tomarse una *selfie* apunta hacia los otros.

En el dibujo que hace Villarreal de sí mismo caben todos: el padre culto y violento que hizo una broma macabra antes de morir, la madre de voz educada y resistencia estoica, la tía que compraba revistas *Alarma!*, el abuelo panadero sobre su bicicleta de diseño aerodinámico, la irlandesa zapatista que apareció en un *pub*, el performancero chicano intrigado por saber quién mató a Roque Dalton, la mujer que tuvo que huir de su pueblo por culpa de una fotografía de Pedro Meyer, la gélida novia que despreció a un indigente, el tipo que recibió la maleta de un vecino narcotraficante, la adolescente que murió por cruzar un río envenenado y que ya había pedido al presidente municipal un puente que quizá le hubiera salvado la vida. Son esas historias —algunas protagonizadas por artistas, familiares o compañeros de viaje, pero las más por gente que apenas entró a la vida del cronista para contarle algo— las que definen mejor el rostro del autor.

Según se vea, la tradición mexicana ha sobrevaluado o menospreciado el relato personal. Se le ha visto con alguna

frecuencia como el tipo de texto que incrementa, gracias a dios, los volúmenes de las obras completas de los consagrados, pero también como la encarnación de cierto narcisismo propio de los primerizos. El material autobiográfico llega a ser tan peligroso que se recomienda ficcionalizarlo, dejarlo añejarse en un cajón o usarlo en experimentos autorreferenciales. El caso es manejarlo con precaución y no permitir que contamine géneros menores como las reseñas de libros, los artículos periodísticos o los prólogos (sería vergonzoso que yo aprovechara este espacio para contar la tarde en que conocí al autor. En una FIL, por cierto. En 2009, si la memoria no me falla). Villarreal ha desechado, entre risas, esas advertencias: sus crónicas necesitan que el punto de vista propio sea dominante, intrusivo, osado y, sin embargo, ninguna de estas narraciones se agota como un relato narcisista. Hay en cada una el genuino propósito de entender a los otros. Como explicó Martín Caparrós en una discusión con María Moreno, en la crónica se dice «yo» no para hablar de uno, sino para decir «aquí hay un sujeto que mira y que cuenta». Eso mismo hace Villarreal incluso en sus párrafos más personales.

El volumen comienza con un pleito, no podría ser de otra manera, sobre la verdad en la crónica. El ejemplo elegido es sintomático: Kapuściński, el llamado «mejor reportero del siglo XX», mintió en no pocos de sus textos. ¿Hasta dónde se puede traicionar la verdad en el periodismo en aras de un efecto literario? Para el autor de las siguientes páginas, todo dato, adjetivo u omisión que altere la narrativa del relato y la imagen del reportero dentro de la historia, es poco ético porque contradice el mandamiento principal del género: contar lo que se ve. Si bien la verdad sigue siendo un concepto huidizo y los procedimientos periodísticos no alcanzan para garantizar que una

apreciación hecha en un momento dado coincidirá con lo que digan los historiadores del futuro, lo único que queda es asumir una regla ética: hay que ser honrados. En eso cree Villarreal y es el mandamiento que cruza, de un extremo a otro, las crónicas de este libro.

# Entre Kapuściński y la verdad desnuda

Habiendo fracasado en todos los oficios, decidí  
hacerme periodista.  
MARK TWAIN

Mamotreto y monotrema son parónimos, palabras que tienen parecido fonético entre sí y con las cuales a veces se puede hacer un trabalenguas. La primera, según la RAE, viene «del latín tardío *mammothreptus*, y este del griego tardío:

μαμμόθρεπτος

literalmente “criado por su abuela”, y de ahí, gordinflón, abultado, por la creencia popular de que las abuelas crían niños gordos». Otra acepción ahí mismo dice que es un «libro o legajo muy abultado, principalmente cuando es irregular y deforme». La segunda es el orden al que pertenece el ornitorrinco, el desgraciado mamífero semiacuático australiano que pone huevos, tiene pico de pato —eso significa *ornithorhynchus* en griego— y además tiene espolones ponzoñosos en las patas traseras. Un caprichoso adefesio prehistórico de la naturaleza que pasmó a los primeros europeos que lo vieron en 1798 al desembarcar en la tierra que llamarían Nueva Gales del

Sur. «Se creía que alguien había cosido el pico de un pato al cuerpo de un animal parecido a un castor. [El naturalista inglés George] Shaw incluso utilizó unas tijeras para comprobar si había suturas en la piel disecada», se consigna en el *Platypus facts file* del Australian Platypus Conservancy.

Monotrema es un vocablo acuñado con las palabras griegas *mono*, uno, y *trema*, orificio. Es decir, creaturas con un solo agujero donde confluyen los tractos digestivo, urinario y reproductor, como las gallinas. Ignoro si los amantes de los animales querrían tener una mascota como esta, o si en alguna lejana isla de Oceanía alguien ya lo acostumbra, pero sin la menor duda es un animal feo: un mamotreto, si forzamos un poco la analogía.

Viene a cuento este breviario cultural porque no creo que la crónica sea el «ornitorrinco» de los géneros literarios, como la ha definido un escritor muy exitoso y eternamente joven. Es una imagen inapropiada para describir un género proteico en el que el autor se apercibe de fuentes muy diversas y de las herramientas del periodismo tanto como de la academia: la observación, la investigación, la entrevista, la estadística, el cruce de datos, así como de la riqueza inagotable de la línea del tiempo de la literatura, desde la Epopeya de Gilgamesh hasta la crónica más reciente de Luc Sante o de Leonardo Haberkorn. Que hay escritores que hacen de la crónica un mamotreto deforme o irregular, un monotrema, sin duda los hay.

\* \* \*

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y el